# ¿Podemos pensar el patrimonio? Políticas de la memoria, el patrimonio y la seguridad

*Eduardo Kingman Garcés*
Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales, Ecuador
ekingman@flacso.org.ec

Resumen: *Se realiza una presentación de las actuales políticas patrimoniales en América Latina a partir de una definición de patrimonio, entendida como construcción social, tendente tanto a la preservación (selectiva) de la memoria histórica como a la sustentatización de una determinada lectura de la historia nacional, que suele resultar elitista y excluyente de la diversidad étnica y del legado cultural subalterno. En el contexto de la cultura de masas las "reconstrucciones patrimoniales" suelen concebirse como grandes dispositivos, mediáticos y espectaculares, que tienden hacia la banalización y la simplificación, abocando a las narrativas sobre el pasado a una lectura plana y carente de "nuevos horizontes de sentido". El patrimonio, así, se convierte en una mercancía.*

*En la segunda parte del texto se aborda la problemática del patrimonio urbano, conectándolo con la cuestión de la seguridad en los espacios públicos. El argumento principal consiste en destacar la creciente polarización social de las ciudades, que se hace patente en las políticas públicas que valorizan y monumentalizan unas zonas, estigmatizando otras, ahondando con ello en las retóricas y en los imaginarios del miedo y de la violencia. Tanto para un caso, como para el otro, se propone como alternativa ahondar en las políticas de concertación social, que busquen consensos entre la ciudadanía y las instancias del poder político.*

Palabras clave: *Patrimonio, memoria, construcción nacional, identidad, nostalgia, políticas públicas, cultura de masas, polarización social, control, seguridad.*

Abstract: *This is study presents current heritage policies in Latin America. The study defines heritage as a social construction aimed at both the (selective) preservation of the historical memory and the entrenchment of a specific interpretation of the national history, which is usually elitist and excludes ethnic diversity and the subordinated cultural legacy. In the context of the culture of the masses, "reconstructions of heritage" are usually designed as spectacular media devices that tend towards the banalization and simplification of narratives on the past and that places these narratives on a level plain lacking "new horizons of meaning". Heritage is thus converted into a commodity.*

*The second part of the study tackles the problem of urban heritage and connects this with the question of security in public spaces. The main argument highlights the growing social polarization of cities, which is made clear by public policies that value and monumentalize certain areas whilst stigmatizing others, thus emphasizing in detail the rhetoric and images of fear and violence. For both cases, the study proposes an alternative, which is to investigate in depth those policies that encourage greater social harmony and that seek a consensus between citizens and political power.*

Keywords: *Heritage, memory, national construction, identity, nostalgia, public policies, culture of the masses, social polarization, control, safety*

En esta ponencia intento ampliar mi visión del patrimonio a partir de algunas perspectivas abiertas por la investigación histórica y las ciencias sociales. Me interesa introducir un enfoque conceptual que entre en diálogo con otros usos más o menos frecuentes.

En América Latina se ha ido imponiendo una opinión común originada en los organismos internacionales que reduce el patrimonio a un asunto eminentemente técnico relacionado con la valoración y conservación de bienes culturales, sin que se analicen sus vínculos con la economía y la política, y de manera más precisa, con una economía política. No pretendo con esto poner en duda la utilidad de las técnicas de conservación y protección de bienes materiales e inmateriales, sino mostrar el interés que puede tener indagar sobre la forma como se constituye la noción misma de patrimonio (su relación con los orígenes).

Pero además quisiera señalar que, cuando se habla de patrimonio, tiende a dejarse de lado no tanto su dimensión social como la política; así, este es presentado como algo que existe en sí, de manera naturalizada, o que se define de manera neutra fuera de cualquier contexto o vinculación con la política.[1] En este sentido, me interesa hablar no solo de las implicaciones sociales, sino también de las políticas (o más bien impolíticas) del patrimonio.

## Patrimonio y memoria social

La idea de patrimonio ha estado relacionada históricamente con la generación de los imaginarios nacionales en Europa y en América. La formación de los Estados nacionales se vio acompañada por la organización de colecciones, museos, monumentos... Los museos históricos del siglo XIX fueron concebidos como un conjunto de salas cuyo recorrido permitía pasar revista a los momentos gloriosos de una nación (Benjamin, 2005: 414). La construcción de grandes avenidas, plazas y parques, como lugares en los que se escenificaban los hechos fundacionales de la nación, fue paralela a las grandes transformaciones urbanas emprendidas por Haussmann en París, Cerdà en Barcelona o Vicuña Mackenna en Santiago de Chile. La modernidad significó no tanto la negación del pasado como la conversión de los elementos culturales provenientes de épocas pasadas en referentes patrimoniales.

1. Véase al respecto Kingman Eduardo, "Patrimonio, políticas de la memoria e institucionalización de la cultura", en revista *Íconos*, número 20, Quito, FLACSO. Septiembre de 2004, pp. 25-34.

Al igual que en Europa, la noción de patrimonio ha sido asumida en América Latina en términos de amparo, salvaguarda y rescate, así como de archivo, colección e inventario. La modernidad se caracteriza por un proceso de renovación constante en donde todo lo nuevo está llamado a perder rápidamente actualidad. Se trata de un proceso perverso por el cual, al mismo tiempo que se destruye buena parte del acervo material y espiritual, se genera nostalgia por lo que se destruye. El patrimonio es una de las formas de resolver esa contradicción en la medida en que construye un puente entre el presente y el pasado. Al mismo tiempo en cada época se determina lo que ha de ser conservado o no. ¿Con qué criterios? ¿Bajo qué códigos y sistemas clasificatorios?

Los inicios de las acciones patrimonialistas en América Latina coinciden con la constitución de las repúblicas en el siglo XIX. Se hizo uso de modelos europeos y alegorías clásicas para fabricar espacios civilizados y civilizatorios como el paseo de la Recoleta en México o el del Prado en Lima. De acuerdo con Claudia Agostoni (2001), las adecuaciones en el espacio público realizadas durante el porfiriato en Ciudad de México tenían que ver tanto con el ornato como con la formación de una cultura nacional centralizada basada en valores cívicos. Como muestra Gorelink para Buenos Aires, las celebraciones de los primeros centenarios de la independencia no solo condujeron a producir, a partir de estatuas, ruinas y monumentos, una alegoría de la nación, sino también a hacer que toda la polémica estética, cultural y política sobre el presente se hiciera inseparable de una perspectiva sobre el pasado, "ya que el fondo del centenario favorecerá una cantidad de iniciativas vinculadas con la historia, y sobre todo con su apropiación monumental en la ciudad" (Gorelik, 1998: 207).

Los casos de Quito y Lima a finales del siglo XIX e inicios del XX muestran, además, cómo los espacios no solo cumplían una función pedagógica, sino que también se convertían en marcadores de diferenciación social. Durante la primera mitad del siglo XX, la preocupación por el patrimonio se centró en la arquitectura y el arte colonial y republicano, como parte de lo que hasta hace poco se dio en llamar la huella de Europa en América. La reinvención de una tradición patricia o aristocrática, como contraparte necesaria del progreso, no fue necesariamente ajena a la recuperación de algunos elementos de la época prehispánica, considerada como una etapa importante, aunque superada, de la historia nacional. De los años setenta en adelante (y en casos como el de México, desde tiempo atrás), la tendencia ha sido ampliar el inventario incluyendo

sitios arqueológicos, conjuntos urbanísticos y arquitectónicos de pequeños poblados, elementos paisajísticos y naturales, así como tradiciones, costumbres y otros elementos identitarios. En esto último han influido las demandas de inclusión de los movimientos sociales, étnicos y ambientalistas, y las propuestas desarrolladas como contrapartida por los organismos internacionales y algunos Estados. Se podría decir que actualmente se asiste a una suerte de fiebre patrimonialista en la que intervienen tanto las instituciones como los grupos sociales.

La Red Cultural Pukara prepara danzas
y la caminata por el Inti Raymi (18/06/2010).
Fuente: www.noticiasquito.gob.ec

Sin duda el patrimonio es mucho más incluyente que hace unas décadas en la medida en que se ha desarrollado una preocupación (promovida por la Unesco) por la llamada cultura inmaterial, ya que amplios segmentos de la cultura popular han sido reconocidos y han pasado a formar parte de las tradiciones nacionales. Paradójicamente, esto se da en un momento en el que la mayor parte de ese patrimonio ha sido depredado o rebasado por la dinámica de la globalización y del mercado.

Si anteriormente el patrimonio estaba directamente relacionado con las nociones de ornato y embellecimiento urbano, su campo actual de definición es bastante más amplio y variado. En él participan arqueólogos, arquitectos, historiadores del arte y antropólogos provenientes de las clases medias y, en algunos casos, de los sectores populares, lo que ha provocado cambios significativos en los modelos clasificatorios. Ahora bien, esas acciones, si bien han

permitido ampliar el inventario al incluir nuevos bienes en el registro, no por eso han puesto en discusión las bases de lo patrimonial. En países abocados a procesos de popularización de la cultura nacional como Venezuela, Bolivia o Ecuador, esto ha dado lugar a una inclusión de bienes que desde la cultura de élite nunca hubieran sido considerados patrimonio, pero sin debatir si las culturas requieren o no ser patrimonializadas para existir.

Desde las políticas estatales hay un intento de conjugar los objetivos del desarrollo con la reinvención de una tradición nacional. Del mismo modo, como todos los recursos van a ser incorporados al desarrollo nacional, las distintas manifestaciones culturales de los pueblos que integran una nación pasarían a ser inventariadas como parte de su patrimonio. Aunque nadie puede poner en duda la necesidad de la intervención del Estado para crear las condiciones, desde las políticas públicas, para que la memoria social no se pierda (por ejemplo, protegiendo los archivos y los sitios arqueológicos, o apoyando la investigación histórica, arqueológica y antropológica, así como las iniciativas de las comunidades en relación con su patrimonio), hay que evitar que en medio de ese proceso no se produzca una centralización y neutralización de contenidos antes que una revitalización de las culturas en su diversidad.

En oposición a lo que se piensa, la tendencia a incluir todo dentro del patrimonio, lejos de ser un indicador de revitalización cultural, constituye, por el contrario, un problema. En primer lugar, por su carácter indiscriminado, ya que lo mismo se puede declarar patrimonio un ballet folklórico que a un luchador social como monseñor Leonidas Proaño. En segundo lugar, y esto es lo realmente importante, porque la patrimonialización tiende a deshistorizar los procesos y las propuestas sociales al monumentalizarlos o convertirlos en piezas de museo o en espectáculos.

## El patrimonio como monumento y como espectáculo

El patrimonio conlleva además la idea de monumento. Como muestra Benjamin (2005), la dinámica de la modernidad genera un proceso de permanente renovación donde no solo lo antiguo sino también lo relativamente nuevo están llamados a convertirse en ruina. En medio de todo ello se propone salvaguardar determinados hitos, rodeándolos de un aura, dada su condición de obras únicas e irrepetibles y su conexión con un pasado glorioso más o menos remoto.

Guayaquil, Parque Histórico.
Fuente: www.visitaecuador.com

Ahora bien, en el contexto de la sociedad espectacular, esa aura tiene mucho de efímera cuando no de postiza. No solo porque en las condiciones actuales de multiplicación y diversificación de imágenes los elementos auráticos han perdido materialidad, sino también porque se trata de una sacralidad ficticia, sostenida de modo artificial, distinta de la que caracterizaba a los antiguos espacios, principalmente religiosos. Una muestra de esto son las celebraciones del bicentenario llevadas a cabo en distintas ciudades latinoamericanas, cuya fantasmagoría solo se ha hecho posible a partir de una ingente inversión mediática. Al multiplicar los hitos portadores de tradición, multiplicando al mismo tiempo las imágenes mediáticas y las escenografías, la autoridad del aura, en lugar de afirmarse, se reproduce únicamente como caricatura.

Guayaquil, Parque Histórico.
Fuente: www.visitaecuador.com

El patrimonio estuvo durante la primera modernidad directamente relacionado con la producción de mitos de origen por parte de las élites, mientras que hoy los mitos son producidos de manera masiva. Los museos, los recorridos por las zonas históricas, los monumentos o las imágenes mediáticas relacionadas con el patrimonio cumplen tanto un objetivo pedagógico como de banalización. Ejemplos de este tipo son La Candelaria en Bogotá y La Ronda en Quito, en los que la memoria social y la vida han sido sustituidas por representaciones alegóricas de la "bogotaneidad" o de la "quiteñidad". En cuanto a la llamada ciudad histórica de Guayaquil, esta ha sido concebida como una escenografía al mejor estilo Disney dirigida a reinventar una identidad guayaquileña sobre la base de las dos fuentes de la tradición oligárquica: el patriciado y la plantación.

# La Candelaria, Bogotá

## TOUR POR LA CANDELARIA BOGOTÁ - COLOMBIA

**Autor: Hansa Tours**

En el barrio de La Candelaria en Bogotá podemos ver que se han adecuado casas como museos, caminar por los callejones empedrados, visitar las iglesias, recorrer las plazoletas y admirar la armonía de los diferentes estilos de construcción. La Candelaria también albergaba las tertulias que les permitieron a los bogotanos compartir sus inquietudes literarias y políticas y asistir a actos culturales que incluían presentaciones musicales y obras dramáticas y que aún hoy se llevan a cabo.

En el barrio de La Candelaria se encuentra el Teatro Colón, donde se llevaban a cabo representaciones de teatro y de ópera, zarzuelas y revistas musicales.

A la llegada de los españoles al territorio de la sabana de Bogotá, después de pasar por varias poblaciones, al pie de los cerros orientales hallaron un asentamiento de indios. Allí mismo, en el sector que hoy conocemos como el chorro de Quevedo, el 6 de agosto de 1538 se ofició la primera misa en una iglesia de paja, rodeada de 12 tribus, y se fundó la ciudad que se llamó Santa Fe.

El lugar era propicio para la creación de la ciudad de Bogotá: estaba rodeado por dos ríos (el San Francisco, que aún lo podemos ver atravesando La Candelaria por la avenida Jiménez, enmarcando el actual eje ambiental, y el río San Agustín).

En el sector del actual barrio de La Candelaria se desarrollaron entonces los acontecimientos y las manifestaciones del proceso de independencia, y como legado histórico han quedado las construcciones que luego de un proceso de recuperación del sector histórico de La Candelaria hoy son patrimonio de la ciudad.

Hay varias construcciones emblemáticas de la época colonial, como la Casa de la Moneda, donde se acuñaban monedas de oro y plata con la efigie del monarca y donde hoy se aloja el Museo de Numismática; el Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario, donde José Celestino Mutis dictaba la cátedra de ciencias naturales, sobre todo botánica; el Palacio de San Carlos, que fue casa-presidencial del Libertador Simón Bolívar, por una de cuyas ventanas saltó en la trágica noche de septiembre de 1828, cuando Manuelita Sáenz le dio aviso de que un grupo de conspiradores lo intentaban asesinar; y tantas otras casas y palacios señoriales cargados de leyendas.

Barrio La Candelaria, Bogotá, Colombia.
Fuente: www.hansatours.com

Con la patrimonialización, los propios espacios religiosos se han convertido en lugares para ser mirados, en lugar de espacios de comunión, y han perdido buena parte de su sacralidad, mientras que muchos espacios significativos para la gente han sido convertidos en monumentos y separados de sus usos cotidianos.

La memoria de la ciudad se activa en medio de los procesos de renovación urbana construyendo una *nostalgia* por lo que se va destruyendo y convirtiendo en ruinas —fundamentalmente, el engranaje social—, lo que lleva a la monumentalización de ciertos hitos. La memoria se convierte, bajo esas circunstancias, en un instrumento clasificatorio.

Al constituirse algo como monumento se establece una relación imaginaria con algo que ha desaparecido o está a punto de desaparecer pero que es reconstituido como imagen invertida de sí mismo. En otros casos, el monumento es levantado para crear nuevos referentes sociales relacionados con la cultura hegemónica. Pero su efecto más importante es la masificación de la tradición. De acuerdo con el mismo Benjamin (2003), la masa reivindica que el mundo se le haga más accesible. Y ello pasa por su banalización.

No se trata, en todo caso, de fenómenos que puedan entenderse solo desde lo local, sino de una tendencia global, efecto de lo que Debord (2003) llama "lo espectacular integrado". Por una parte, hay una preocupación internacional porque las diversas áreas naturales, zonas históricas y culturas del mundo se conviertan en patrimonio de la humanidad, limitando su desaparición. Por otra, esto coincide con el desarrollo de un turismo selectivo internacional abierto a la diversidad. Se trata de procesos de apropiación simbólica de distintas áreas, zonas y culturas y de producción de "nostalgia" en condiciones en las que se ha llevado a cabo una destrucción generalizada de la naturaleza, el hábitat, las culturas y las condiciones de vida de la mayor parte del planeta.

El turismo no conduce necesariamente a una homogeneización cultural ya que se basa en la diversificación de ofertas y en la producción de novedad, incluyendo en ello lo exótico y lo lejano, pero se trata de una diversidad vaciada de contenidos, orientada a la construcción de parques temáticos o marcas ofrecidas al mercado global de oportunidades. El turismo, afirma Debord, se basa en la visita de algo que se ha vuelto banal como parte de la sociedad del espectáculo.[2] En el caso del patrimonio, esa banalización se expresa en la construcción de

2. Debord, Guy (2003), *La sociedad del espectáculo*. Madrid, Pre-Textos.

espacios monumentales y en una museografía ajena a la historia real de la gente. Para el turismo, nuestras ciudades, culturas y naturaleza han pasado a formar parte de un decorado global generador de nuevos deseos y requerimientos de consumo. La propia diversidad se ha convertido en mercancía, en algo que puede ser construido mediáticamente y convertido en *souvenir*.

En términos culturales, esto se expresa en el multiculturalismo concebido como incorporación de la diversidad a la lógica cultural del capitalismo, esto es, a la lógica del espectáculo y del consumo. Como incorporación de las narrativas populares a la narrativa capitalista.[3]

## Historia, genealogía y memoria social

¿En qué medida la investigación histórica puede contribuir a la reflexión sobre el patrimonio? Si se juzga a partir de las celebraciones del bicentenario y de la cantidad de publicaciones, muestras museográficas y producciones mediáticas relacionadas con las llamadas gestas de la independencia, se podría decir que la historia ha recibido un nuevo impulso.

### ¿Pero de qué de tipo?

En la mayoría de los casos los historiadores se han visto abocados a realizar trabajos de urgencia, con escasa autonomía en la elección de temas y la definición de contenidos. No ha sido tanto el campo de la investigación histórica el que ha marcado las pautas de sus trabajos como los requerimientos políticos del presente. Solo en contadas ocasiones se han aprovechado las condiciones generadas por el bicentenario para discutir los procesos de independencia y formación de las naciones desde una perspectiva crítica.[4] Valdría la pena abrir un debate sobre los condicionamientos del quehacer histórico en coyunturas como esta. Esto nos permitiría, además, volver a pensar acerca de los usos de la Historia.

---

3. Dirlik, Arif (2009), "El aura poscolonial", en *Repensando la subalternidad: miradas críticas desde/sobre América Latina*. Lima, Ámsterdam, Instituto de Estudios Peruanos (IEP): SEPHIS, 57-105.

4. Trabajos como los de Rossana Barragán, Sinclair Thomsom, Tristan Platt, Cecilia Méndez, Mireya Salgado, Carlos Espinoza o Rosemarie Terán son expresión de ello. Al registrar el lugar de los sectores populares en los siglos XVIII y XIX antes, durante y después de las independencias, no hipotecan sus trabajos a unas hipótesis externas a la propia investigación.

Las historias patrias, si bien han recibido un nuevo impulso con estas celebraciones, continúan orientándose a la reinvención de hitos, monumentos y hechos fundacionales como parte de nuevos proyectos de comunidades imaginadas. Al igual que sucedía en el pasado, el patrimonio se alimenta de los mitos al mismo tiempo que contribuye a su producción y escenificación.

Ceremonia cívica, Colegio Carlos Martínez, Ecuador.
Fuente: www.mira.ec

El patrimonio es asumido como un conjunto de bienes materiales e inmateriales que hacen referencia a unos orígenes y a un continuo histórico. En realidad, a lo que asistimos es a la afirmación de narrativas institucionales en las que toma forma la memoria de una nación. Cuando se habla de patrimonio se tiende a hacerlo desde la construcción de memorias únicas que conllevan el olvido de otras memorias posibles.

Uno de los casos que más llama la atención es la invención de nuevos héroes de la independencia, sobre todo heroínas, provenientes ya no solo de las élites sino también de las clases medias y populares, sin que medie para eso ninguna investigación seria. Al llevar de Piura a Caracas "las cenizas mezcladas con tierra" de Manuela Sáenz para que sean enterradas junto a los restos de Bolívar se está reinventando una narrativa con el fin de generar un sentido público de pertenencia a un proyecto generado en el presente. Se organizan ceremonias cívicas en las distintas ciudades por las que pasa la imagen fetichizada de Ma-

nuela en medio de un despliegue de grandes recursos publicitarios. Todo eso hace posible la conversión de la historia en mito y de la memoria en patrimonio. ¿Pero no es posible e incluso deseable otro tipo de relación con la historia?

Cenizas simbólicas de Manuela Sáenz en Guayaquil.
Fuente: eluniverso.com. Miércoles 5 de mayo de 2010.

Los distintos ensayos de elaboración de historias patrias y matrias, desde las reformas liberales del siglo XIX en adelante, son entendibles en contextos de ruptura de un orden anterior y como forma de reconstituir la idea de la nación como proyecto inacabado, estableciendo una relación renovada con los hechos fundacionales. Se explica en términos ideológicos de construcción de proyectos a largo plazo y de una teleología histórica. La relación que establece el historiador con el pasado es, en todos esos casos, con lo que "verdaderamente sucedió", en lugar de intentar ensayar una "historia a contrapelo".

Si en la primera mitad del siglo XX lo que dominó en la percepción del pasado fue la acción de las élites, la historia crítica desarrollada a partir de los años ochenta en América Latina se interesó en rescatar el lugar de los sectores subalternos en la historia. Pero actualmente se retoma nuevamente el pasado en términos patrios, conjugando la labor de los héroes con las grandes gestas masivas. Se habla de barrios rebeldes e igualmente se hace referencia a la participación de las mujeres o de los indígenas en la construcción de la nación o de la ciudad, pero se utilizan pocas fuentes documentales y no se conecta el pasado

de esos sectores con su presente. La memoria, como el patrimonio, sirve de base para la construcción de alegorías. Se trata de una memoria espectacular en el mejor de los casos.

Otra de las cosas igualmente preocupantes es la patrimonialización de la memoria social. Lo que algunos historiadores han demandado ha sido la revitalización de la historia, como disciplina, a partir de la memoria de la gente, pero esa propuesta ha sido entendida en sentido contrario: como centralización e institucionalización de la memoria social, como su incorporación al archivo de la nación. Pierre Nora (2008) ha llamado la atención sobre los abusos de la memoria y su pérdida de contenidos.

A diferencia de lo que sucedía con la historiografía del siglo XIX y la primera mitad del XX, parte de las acciones patrimoniales actuales están dirigidas a la recuperación de la memoria de los otros, pero en la línea de afirmar —sobre la base de incorporaciones sucesivas— una identidad nacional o local en permanente construcción. En el caso de Guayaquil, la "guayaquileñidad" ya no se basa únicamente en las gestas de los patricios sino también en el espíritu montubio, mientras que en Ciudad de Guatemala se habla de mayanización aun cuando en la vida cotidiana se discrimine a los mayas actuales. Todo esto forma parte de un proceso de deificación o banalización de la memoria que coincide con la banalización que se da en otros campos. Los usos de la memoria, como los de la identidad, se convierten bajo esta perspectiva en estrategias retóricas. La recuperación del pasado se realiza en un sentido pseudohistórico, esto es, como mito o como espectáculo. El patrimonio contribuye a una deshistorización de la memoria, a la puesta en paréntesis u olvido de lo sustancial, a una mirada superficial del pasado y de su relación con el presente. En definitiva, a la conversión de la memoria en decorado o espectáculo.

El patrimonio, convertido en un dispositivo cultural estrechamente relacionado con la acción de los medios y de la publicidad, permite legitimar unas formas de relación con el pasado y deslegitimar (y sobre todo ignorar) otras. A su vez, la Historia, como disciplina desprovista de autonomía, pierde su potencial crítico.

La historia crítica, o de modo más preciso, la genealogía histórica, se orienta, por el contrario, a deconstruir o poner en cuestión todo origen o mito fundacional, ya sea de derecha o de izquierda. Si es que hablamos de orígenes, ha de ser en el sentido nietzscheano de punto de partida o momento inaugural en el que

la realidad se muestra con todas sus contradicciones.[5] Marx llamó a descubrir en la mercancía los gérmenes de la sociedad capitalista y Walter Benjamin supo leer en los pasajes de París el despliegue inicial del mundo de las mercancías. La función del historiador es asumir esos momentos como puntos de inflexión, esto es, como recursos para entender el presente, y esto va en sentido contrario a la teleología histórica. En el caso de los Andes, los orígenes están relacionados con las condiciones coloniales y poscoloniales y con el dominio del patriarcado; estos elementos han condicionado nuestro desarrollo político, social y cultural. Es por eso por lo que no se puede entender el patrimonio fuera de la construcción de fronteras sociales, étnicas y de género.

## Patrimonio y seguridad

En este acápite intento analizar hasta qué punto las acciones patrimoniales desarrolladas en los centros históricos se ven afectadas por la práctica de la seguridad. Aun cuando se trata de campos distintos, el uno relativo a la cultura y el otro a la vigilancia y el control del espacio social, muchas veces se tocan en la vida cotidiana. Me refiero, por ejemplo, a los sistemas de vigilancia colocados a la entrada de espectáculos y actos culturales, a los ojos de águila, a la policía que acompaña los recorridos turísticos en los centros históricos, a la puesta en funcionamiento de espacios públicos controlados como el malecón de Guayaquil o La Candelaria de Bogotá, o a la limpieza sociológica de muchos barrios. Pero más allá de eso habría que pensar, en términos conceptuales, de qué modo la seguridad y la biopolítica, convertidas en ejes del funcionamiento de la ciudad en la modernidad tardía, colonizan espacios como los de la cultura.

Desde la racionalidad técnica hay una tendencia a ver los distintos elementos que organizan el funcionamiento de la ciudad de manera separada, como parte de ámbitos especializados de administración, sin examinar si se condicionan o no mutuamente, mientras que el pensamiento crítico busca una perspectiva relacional. Ahora bien, esto solo es posible en la medida en que se encuentre entre los datos de la realidad un "horizonte de sentido", esto es, una o más

5. Foucault, Michel (1980), "Nietzsche, la genealogía y la historia", en *Microfísica del poder*. Madrid, Ediciones La Piqueta, pp. 7-29.

categorías interpretativas (Espósito, 2003: 9). En el caso que nos ocupa, tanto la seguridad como el patrimonio deberían ser desarrollados como tales más allá de sus usos empíricos. Mientras no utilicemos conceptos para pensar esas realidades se nos van a seguir presentando como desagregadas y confusas.

El recorrido por los medios nos podría mostrar una serie de puntos de encuentro entre elementos tan distantes como la cultura y la seguridad. Mi objetivo no es anatemizar a una ni a la otra, sino llamar la atención de los especialistas para que se reflexione sobre el tema.

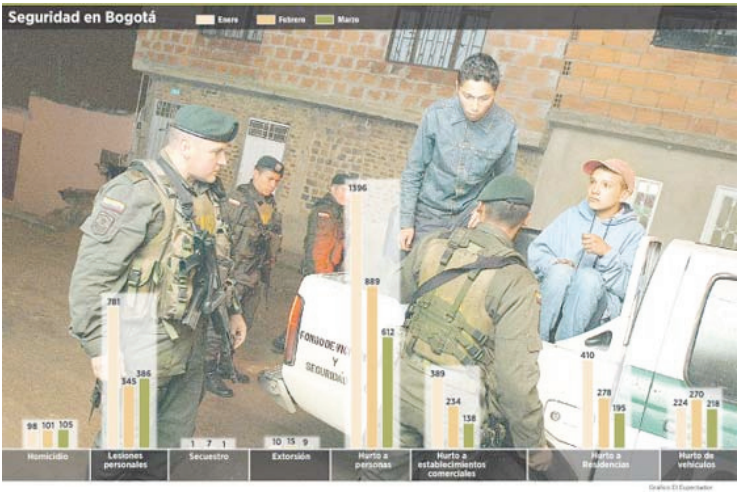
## Diario *El Espectador*

**Los últimos crímenes tienen consternada a Bogotá, que se debate entre las marchas y el terror**

### Bogotá, ciudad de violentos

Por: EL ESPECTADOR

Las localidades más peligrosas de la capital son, a su vez, las más deterioradas física y estéticamente, como Kennedy y Engativá.




Bogotá, ciudad de violentos (24/06/2008).
Fuente: elespectador.com.

Si la cultura demanda la acción de la policía, también la policía se ve obligada a relacionarse con la estética. Si examinamos el recuadro anterior, veremos que no se trata de algo traído de los cabellos: en este caso la seguridad es presentada en oposición al juego relacional entre violencia urbana y deterioro físico y estético. Una serie de televisión del mismo país, *Pandillas, Guerra y Paz*, filmada en los asentamientos populares de Bogotá —para producir un efecto de realidad—, toca un tema parecido: la relación entre barriadas populares, mal gusto y peligrosidad.

Sabemos que la renovación urbana conlleva la valorización de unas zonas y la desvalorización e incluso estigmatización de otras, lo que conduce a una profundización del recelo y de los imaginarios del miedo (Carrión y Núñez, 2006; Rodríguez, 2005), así como a una reafirmación de las salidas violentas a los problemas sociales. Esto es particularmente complejo en zonas de frontera —como los centros históricos—, en las que la separación entre lo recuperado (o civilizado) y lo por recuperar (o civilizar) tiende a ser mantenida de modo arbitrario.

En términos conceptuales, la seguridad tiene que ver con el gobierno de las poblaciones, y esto abarca tanto la policía como otros campos relacionados con la biopolítica, como la salud pública, la economía o el ambiente. Si se mira desde una perspectiva histórica, la seguridad es un fenómeno relacionado con la concentración y el crecimiento de los asentamientos humanos y con el surgimiento de la población como problema nacional y, más recientemente, global. Me refiero, entre otras cosas, a la irrupción en las ciudades del siglo XIX y XX de sectores desprovistos de sus antiguos vínculos sociales y en constante flujo, frente a los cuales los dispositivos disciplinarios dejaron de funcionar, mientras que actualmente el problema de la población ha tomado una dimensión internacional, ya que tiene que ver con los flujos migratorios provenientes del Tercer Mundo y con las medidas (cada vez más reaccionarias) que en los Estados Unidos y en Europa se toman frente a ellos, o con la problemática del cambio climático y los desplazamientos que este provoca.

La seguridad se comienza a desarrollar en Europa desde la segunda mitad del siglo XVIII y en América Latina desde finales del siglo XIX, y ha estado orientada a organizar la relación entre las personas y las cosas en condiciones urbanas o de urbanización. Actualmente esto se resuelve tanto en términos locales como globales. Ya no se trata de solucionar el problema de los leprosos

o de los locos a partir de sistemas de encierro o de separación de la ciudad, sino asuntos que afectan al sistema inmunológico de la sociedad en su conjunto, como las guerras, las grandes catástrofes o las pestes. Hoy la seguridad tiene que ver con el control de los flujos en condiciones de desarrollo del mercado a nivel global, con el crecimiento de ciudades y mega-ciudades, con la formación de grandes conglomerados humanos desprovistos de vínculos estables y con el desarrollo de sistemas inmunológicos.

La profundización del capitalismo dependiente y periférico (poscolonial) en nuestros países ha provocado cambios profundos en la estructura agraria y en el funcionamiento de las ciudades, y ha desarticulado las formas sociales anteriores. Desde la segunda mitad del siglo XX hemos asistido a un proceso violento de crisis de los sistemas comunitarios y de las antiguas formas de relacionamiento social, cara a cara. Todo esto provoca el surgimiento de una población en movimiento sujeta a relaciones múltiples e inestables en donde el racismo, el sexismo y otras formas de discrimen y exclusión se profundizan o toman nuevas formas en lugar de superarse. Los dispositivos de seguridad están orientados al ordenamiento de las poblaciones, que se ven afectadas por esos procesos, su clasificación y control sin que se tome en cuenta sus propias iniciativas de reacondicionamiento social.

La seguridad sienta las bases para una nueva forma de distribución de las relaciones de poder en el mundo basada en la diferenciación entre ciudadanos universales y poblaciones de segundo y tercer orden. El control sobre la vida, en términos biopolíticos, ha sido parte importante de esa dinámica por la cual unos sectores de la población han potenciado sus posibilidades de existencia, mientras que otros han pasado a ser nuda vida, mera vida biológica carente de sentido. Dada la profundidad de los cambios que ha provocado la biopolítica en las relaciones entre las clases y entre los individuos, vale la pena preguntarse si sus acciones afectan o no a otros campos aparentemente neutros, como la cultura, del mismo modo que el panoptismo del siglo XIX modificó los sistemas educativos o el sistema hospitalario, más allá de su aplicación al sistema de vigilancia de la delincuencia.[6]

6. Foucault, Michel (1998), *Vigilar y castigar: el nacimiento de la prisión*. Madrid, Siglo XXI de España Editores.

Para Waqcuan, existe una vinculación directa entre desorden social y violencia estructural. Esta última estaría desencadenada por una serie de transformaciones económicas y políticas que se refuerzan mutuamente.

> Estos cambios se traducen en una polarización de la estructura de clases que, combinada con la segregación étnica, ha culminado en una impresionante dualización de las metrópolis que abarca a amplios sectores de mano de obra no calificada, sumergidos en la obsolescencia económica y la marginalidad social (Waqcuant, 2007: 40).

Sabemos que las ciudades del Tercer Mundo se han vuelto difíciles de gobernar. Aparentemente han dejado de ser espacios relacionales para pasar a formar parte de redes, flujos y contra-flujos económicos, políticos y sociales (incluyendo las redes del crimen y el narcotráfico). En lugar de espacios urbanos claramente delimitados, con su centro y periferia, organizados de manera interconectada y al mismo tiempo jerárquica —como extensión imaginaria del modelo colonial del damero—, lo que se da hoy es una proliferación de espacios en expansión, sin un orden ni una centralidad definidos, así como una multiplicación de flujos visibles e invisibles, formales e informales que aparentemente escapan a un orden global. En la medida en que una ciudad crece y se desborda, rompiendo su ordenamiento interno y desdibujando sus límites, surge la necesidad de ensayar nuevos modelos de gobierno basados, por una parte, en la idea de comunidad y, por otra, en mecanismos inmunológicos de separación y de policía. En términos culturales, podríamos hablar de ilusión de lo público ahí donde aparentemente se ha producido un declive de lo público y del "hombre público" (Sennet, 2001; Caldeira, 2007; Bauman, 2006).

En términos de baja policía, la seguridad se relaciona con el control de poblaciones consideradas peligrosas. Pero el ámbito de lo que el discurso de la seguridad asume como peligroso se amplía permanentemente, hasta el punto de abarcar a buena parte de la población popular que habita los barrios periféricos. Wacquant se refiere a este proceso indiscriminado de estigmatización y criminalización de los pobres. Pero si asumimos la seguridad en el sentido más amplio de gobierno y administración social, veremos que si bien la policía es una de las instituciones que con mayor frecuencia se ocupa de los "pobres", existen otras estrategias de relacionamiento que no son estrictamente policiales, como las de asistencia social, salubridad pública, ordenamiento territorial y, en la misma línea, algunas de las acciones de gentrificación y renovación urbana.

# Final

No quiero terminar esta ponencia sin plantear algunos interrogantes en términos de políticas públicas. Si asumimos las políticas públicas como producción de consensos entre el Estado y los distintos sectores sociales que conducen a algún tipo de solución democrática de los problemas (incluso en condiciones estructurales de inequidad como las de nuestros países), tendríamos que imaginar instancias que lo hicieran posible o por lo menos deseable. Me refiero, por ejemplo, a la búsqueda de salidas menos policiales a los problemas de seguridad o al apoyo a la creación de espacios públicos incluyentes.

Claro que esto implica ser consciente de los límites de lo que llamamos "opinión", ya que no todos los que deberían opinar son llamados a opinar y cuando lo hacen, sus opiniones se encuentran de entrada deslegitimadas.[7] He intentado mostrar en otro texto este problema mediante la metáfora de los albañiles: construyen la ciudad pero no participan en los asuntos de la ciudad. Esto también se aplica a otros sectores que no son consultados en el momento de definir las políticas, como es el caso de los habitantes de los barrios sujetos a desplazamientos por los procesos de renovación urbana.

1. Es necesario recuperar la dimensión social del patrimonio y vincular la reflexión con otros temas como la seguridad o la renovación urbana. De lo contrario, continuaremos ubicando el debate en un limbo fuera del mercado, el turismo o el negocio inmobiliario.

2. Esto supone comenzar a introducir en la reflexión una base conceptual que vaya más allá de un campo técnico especializado. Pero sobre todo significa atreverse a pensar y a debatir de modo fraterno y abierto.

3. Es cierto que el gobierno de la ciudad implica la adopción de una serie de medidas técnicas que es necesario asumir sobre la marcha, pero hay problemas de orientación que requieren análisis, reflexión y apertura al otro. En este sentido, lo deseable sería lograr una relación más estrecha de los técnicos con la sociedad que les diera una mayor capacidad para escuchar los puntos de vista de la gente. Igualmente, es indispensable considerar las reflexiones desarrolladas en este campo por las ciencias sociales no instrumentales.

4. Si esto es así, pierde sentido la oposición entre mejoramiento urbano y mejoramiento social. Me refiero a la idea asumida desde los organismos técni-

7. Bourdieu, Pierre (2008), *Cuestiones de sociología*. Madrid, Akal, Istmo, 272 p.

cos internacionales de que las secuelas sociales provocadas por la renovación urbana son inevitables, cuando no necesarias, si se quiere alcanzar competitividad en un mundo globalizado. Es posible, en este sentido, mejorar el patrimonio sin optar por la expulsión social de los pobladores, a quienes, por el contrario, se les debe involucrar en el proceso y cuyas condiciones de vida hay que mejorar. Con esto se puede, además, generar otro tipo de seguridad. Sabemos que las acciones urbanísticas son y han sido siempre sociales. El trazado de las ciudades coloniales respondió, desde un inicio, a una forma de ordenamiento social, y algo parecido pasó con las innovaciones llevadas a cabo durante el siglo XIX bajo la idea del ornato y a finales de ese mismo siglo con el higienismo. Si esto es así, el problema no radica tanto en asumir una perspectiva social como en recuperar la dimensión política de lo social. Comenzar a pensar (nuevamente) la ciudad como *polis*.

5. Lo que está en cuestión no es el patrimonio en sí, ya que se trata de un producto social propio de la modernidad, sino su patrimonializiación, esto es, su relación con una tradición excluyente. Una laguna sagrada puede ser asumida como parte del patrimonio de una comunidad, pero al patrimonializarla podría darse paso a su conversión en un recurso público de libre disposición —por encima de las necesidades de la propia comunidad— o en un recurso turístico y mediático. Y algo parecido sucede con las culturas: una vez patrimonializadas y convertidas en espectáculo, son separadas de la vida activa de la gente. El patrimonio es asumido desde esta perspectiva de modo descontextualizado y ahistórico, como si su valor estuviera dado de una vez por todas y sus características fueran inamovibles. Como algo que nos remite a unos orígenes. En realidad, el patrimonio se actualiza o debería actualizarse permanentemente en relación con el presente. Y en ello juega un papel tanto la memoria social como la genealogía histórica. La historia no nos devuelve "la verdad de los hechos", sino la relación siempre inactual y, por lo tanto, siempre cambiante con el pasado (Didi-Huberman, 2006).

6. Habría que diferenciar la memoria social de la patrimonialización como forma de monopolización de la memoria. La memoria social no se puede institucionalizar, pues pierde fuerza y significado; y algo parecido pasa con los lugares de la memoria. No existe una sola historia de la urbe a la que nos vayamos aproximando de manera paulatina; lo que hay son juegos de poder, relaciones y problemáticas que se van descubriendo a partir de fragmentos. No solo estamos

hechos de distintas temporalidades (algo que generalmente se acepta ya que forma parte de la banalización de la memoria), sino que se trata de temporalidades en disputa.

7. La democratización de las políticas del patrimonio pasa por la formación de redes de productores y usuarios: usuarios y productores de los museos, usuarios de las plazas públicas, usuarios de las edificaciones... La posición de los ocupas en Europa y América Latina se explica porque muchos sectores, principalmente jóvenes, se ven desprovistos de espacios para la socialización o para la creación; algo semejante pasa también con la población migrante. Un porcentaje de las edificaciones rehabilitadas deberían ser cedidas para el desarrollo de iniciativas desde la sociedad. Del mismo modo, las plazas públicas deberían ser pensadas para contribuir a la restitución de lo público como diversidad. Las acciones de patrimonialización conducen, por una parte, a un dominio del espectáculo por encima de la producción, y, por otra, limitan el potencial desestructurador de las culturas vivas. Uniformizan, impiden el montaje y la capacidad de desestructurar lo establecido, de intervenir sobre lo sacralizado para producir desmitificaciones, nuevos sentidos.

8. ¿Qué lugar puede ocupar la historia en todo esto? No puede ser una historia pasadista, empeñada en registrar épocas y momentos como medio de salvaguarda del patrimonio o registro de la memoria. Debe ser una historia que conecte el pasado con el presente y con el futuro, pero no como continuidad o sucesión, y que sea capaz de producir debates. Pero la creación de debates supone relación con el archivo y producción de nuevos "horizontes de sentido". Para esto hay que atreverse a hacer "historia intempestiva", en lugar de producir escenografías o monumentos.

# Bibliografía

Agostoni, C. (2001), *Modernidad, tradición y alteridad: la ciudad de México en el cambio de siglo (XIX-XX)*. Volumen 37 de Serie de Historia Moderna y Contemporánea. Universidad Nacional Autónoma de México.

Bauman, Z. (2006), *Vivir con extranjeros*. Barcelona, Arcadia.

Benjamin, W.(2005), *Libro de los Pasajes*. Madrid, Akal.

Benjamin, W. (2003), *La Obra de Arte en la época de su reproductibilidad técnica*. Colonia del Mar, ITACA.

Bourdieu, P.(2008), *Cuestiones de sociología*. Madrid, Akal, Istmo.

Caldeira, T. (2007), *Ciudad de Muros*. Buenos Aires, Gedisa.

Carrión, F.; Núñez, J. (2006), "La inseguridad en la ciudad: Hacia una comprensión de la producción social del miedo", en *Revista Eure*, diciembre, número 97. Pontificia Universidad Católica de Chile.

Debord, G. (2003), "Comentarios sobre la sociedad del espectáculo". en *La sociedad del espectáculo* Barcelona, Anagrama.

Didi-Huberman, G. (2006), *Ante el tiempo*. Buenos Aires, Adriana Hidalgo.

Dirlik, A. (2009), "El aura poscolonial", en *Repensando la subalternidad: miradas críticas desde/sobre América Latina*. Lima, Ámsterdam, Instituto de Estudios Peruanos (IEP): SEPHIS.

Foucault, M. (1980), "Nietzsche, la genealogía y la historia", en *Microfísica del poder*. Madrid, Ediciones La Piqueta.

Foucault, M. (1998), *Vigilar y castigar: el nacimiento de la prisión*. Madrid, Siglo XXI de España Editores.

Gorelik, A. (1998), *La grilla y el parque: espacio público y cultura urbana en Buenos Aires, 1887-1936*. Edición ilustrada. Universidad Nacional de Quilmes.

Kingman, E. (2004), "Patrimonio, políticas de la memoria e institucionalización de la cultura", en revista *Íconos*, número 20, Quito, FLACSO.

López, L.; Rodríguez, I. (2005), "Evidencias y discursos del miedo en la ciudad: casos mexicanos", en *Scripta Nova. Revista electrónica de geografía y ciencias sociales*. Barcelona, Universidad de Barcelona, vol. IX, núm. 194 (54).

Nora, P. (2008), *Les lieux de mémoire*. Montevideo, Ediciones Trilce.

Sennett, R.(2001), *El declive del hombre público*. Barcelona, Península.

Wacquant, L. (2007), *Los condenados de la ciudad: gueto, periferias y Estado*. Buenos Aires, Siglo XXI Editores Argentina.

Wacquant, L. (2001), *Parias urbanos: marginalidad en la ciudad a comienzos del milenio*. Buenos Aires, Ediciones Manantial.